

todos cure perfectamente, ningun enfermo habrá á quien no alivie algo; lo que apénas la medicina de los cuerpos podrá asegurar con verdad de ninguno de sus decantados específicos. Vamos al caso.

La experiencia muestra á todo el mundo que para las pasiones de el alma, la imaginacion viva de el objeto hace el propio efecto que el objeto mismo presente. El pusilánime se conmueve y tiembla al imaginar vivamente un objeto terrible y espantoso; el enamorado, no sólo cuando tiene á la vista la hermosura que le prendó, mas tambien cuando piensa con alguna intension en ella, siente en el corazon aquella conmocion propia de el amor. Esto viene de que la imaginacion hace en las fibras de el cerebro aquella misma impresion que hace el objeto, ó ya dependa esto de cierta conexion natural, que hay entre tales ó tales actos de el alma con tales ó tales movimientos de el cuerpo, ó ya de que el Autor de la naturaleza voluntariamente unió el alma con el cuerpo, debajo de la ley de sucederse tales movimientos de el cuerpo á tales actos de el alma, y al contrario, de modo, que esto no provenga de alguna exigencia natural de el cuerpo ú de el alma, sino de el mero querer de el Criador. Esto segundo pretenden muchos modernos; y si no es más verdadero que lo primero, es por lo ménos más inteligible.

Creo que en algunas pasiones, áun en la presencia de el objeto, es la imaginacion quien da todo el impulso á las fibras de el cerebro, ó sólo mueve el objeto las fibras de el cerebro por medio de la imaginacion. Cuando á uno, con voz nada fuerte ni terrible, se le dice una injuria, que le irrita y conmueve la ira, no es creible que la material articulacion y sonido de las palabras, mediante la impresion que hace en el órgano de el oido, derive á las fibras de el cerebro aquel movimiento de que depende la ira. Si fuese así, se irritaria el que las oye, que entendiéndose su significado que no; lo cual no sucede, sino que sólo se irrita cuando entiende el significado de las palabras; luego es porque el objeto da impulso á las fibras de el cerebro, sólo mediante el concepto que hace el alma de la injuria; esto es, que el alma, con la representacion de la ofensa, tiene una especie de agitacion, la cual induce tal movimiento en las fibras de el cerebro.

De este influjo, que tiene la imaginacion en el cerebro, viene la mayor parte de el mal que nos causan nuestras pasiones, y principalmente de el que causa la pasion amorosa. Si el amor sólo se encendiese á la presencia de el objeto, sería una dolencia de cortísima duracion, una llama momentánea, como de relámpago, pues sólo con cerrar los ojos, ó volverlos á otra parte, se disiparia; y cuando la pasion fuese tan violenta, que áun apartar la vista por un instante se hiciese durísimo, en la primera precisa separacion de la presencia de el objeto estaria remediado todo, pues desvanecida entónces la pasion, sería fácil formar y mantener el propósito de no presentarse jamas á la causa de ella. Pero la lástima es que en nuestra memoria queda depositado el daño; cada recuerdo es una centella que prende fuego en el alma; nuestra imaginacion es nuestro enemigo, y enemigo tal, que á tiempos concede treguas, mas nunca paces estables.

## § IX.

Conocida la causa de el mal, ¿dónde acudiremos por el remedio? A la misma causa de el mal. La imaginacion, que es quien hace ó conserva la llaga, ha de curar la herida. La propia botica de donde sale el veneno, nos ha de ministrar la triaca.

Supuesto que la imaginacion de los objetos que tienen actividad para mover las fibras de el cerebro, y mediante ese movimiento, excitar las pasiones, hace el propio efecto que los mismos objetos, se puede turbar, corregir ó mitigar el movimiento, que da á las fibras de el cerebro la imaginacion de un objeto que excita tal pasion, con la imaginacion de otro objeto que excite otra pasion diferente. Si cotejamos los objetos presentes, es cierto que la presencia de el objeto concitativo de una pasion borra, oscurece ó templata la impresion que hace la presencia de el objeto concitativo de otra pasion diferente. La razon es, porque da movimiento diverso á las fibras de el cerebro, y este movimiento diverso, en caso que no extinga el primero, no puede ménos de turbarle ó hacerle más remiso; por consiguiente, de el cerebro al corazon no se derivará la misma conmocion que ántes, sino otra diferente (1).

Pongo el ejemplo en un enamorado (pues éste es el enfermo cuya curacion solicitamos), el cual á la vista de el objeto que le arrastra, está sintiendo la violencia de la pasion que le domina. Sucede que en este estado le sorprende el estampido de un formidable trueno, ó que de golpe le dan una funestísima noticia, ó que inesperadamente ve acercarse un enemigo suyo con la espada desenvainada en la mano. Es cierto que cualquiera de estos objetos dará un movimiento á las fibras de su cerebro, que baraje, turbe ó enteramente disipe el movimiento que les daba el objeto amado; de que resultará necesariamente que, propagándose por los nervios aquel movimiento al corazon, sucederá en éste la pasion de el pavor á la de el amor.

Ni se piense que esto se hace por la mera distraccion de el ánimo de un objeto á otro; pues es cierto que, áun cesando la presencia de el objeto terrible, y volviendo la consideracion al amable, se experimenta que por algun rato no tiene esta fuerza para mover las fibras de el cerebro, como las movia ántes, y es que áun dura el movimiento ó impresion que hizo el terrible; esto por regla general, de que áun apartado el motor, de el móvil, permanece en éste el impulso que le dió el motor, y tanto mayor ó de más duracion es la permanencia, cuanto mayor es la fuerza con que fué im-

(1) Si el Salto de Leucadia, tan famoso entre los antiguos para curar la pasion amorosa, tenía la eficacia que ellos le atribuian, es para mí cierto, que ésta dependia de el mismo principio de donde en el número citado y siguientes dedujimos el modo de curar esta dolencia; conviene á saber, la fuerza que tiene un objeto terrible, presentado á la imaginacion, para extinguir en el cerebro, y por consiguiente en el corazon, los movimientos que excita el objeto de el amor (\*).

(\*) En las últimas ediciones se añadió al final de este párrafo una larguísima nota sobre el Salto de Leucade, que se deja para el final de este discurso por no cortar aquí el hilo de él. (V. F.)

pelido. Asi el enamorado, que en el mayor ardor de su pasion ve caer á corta distancia un rayo, por algun espacio de tiempo despues de disipado el espantoso meteoro, no sentirá en el pecho el menor vestigio de la pasion amorosa.

Quiero, pues, que la imaginacion de un objeto haga con la imaginacion de otro objeto, lo que hace la presencia de uno con la presencia de otro; esto es, que la imaginacion de un objeto, ó terrible, ó irritante, ó melancólico, temple ó extinga la impresion que hace en el sugeto apasionado el objeto amable. El objeto contra pesante de el amable cada uno le debe elegir, echando mano de aquel que, considerada la propia índole, le haga más fuerza. En el de genio tímido hará mayor impresion el terrible, en el colérico el irritante, en el triste el melancólico, y áun dentro de la misma especie se ha de arreglar la eleccion al genio, porque áun dentro de la misma especie á uno conmueve más un objeto, á otro, otro. En mí propio hallo un ejemplo bien sensible de esta diferencia. He notado que entre todas las especies de muerte violenta, la que comunmente me da más horror, es aquella en que es ejecutor el fuego; pero á mí me conmueve y horroriza más, cuando pienso en ella, la del precipicio. De aquí viene que, aunque no soy de genio pusilánime, cuando hago viaje por tierras ásperas y desiguales, en cualquier paso un poco estrecho y pendiente me apeo; y no andaria, ni áun á gatas, por una cornisa de media vara de ancho, aunque me pusiesen en ella la tiara.

No basta lo dicho. Falta mucho que advertir sobre la materia. Este contrapeso de un objeto con otro, ú de una imaginacion con otra, pide cierto determinado manejo para que se logre el efecto pretendido. Por eficaz que sea el remedio, si se yerra la aplicacion, aprovechará poco ó nada. Es menester, digo, disponer las cosas de modo que el objeto, pongo por ejemplo, terrible sorprenda de golpe á la imaginacion, ó la imaginacion de él sorprenda de golpe al sugeto siempre, y en el mismo momento que la dirige al objeto amado. Sin esa circunstancia servirá el remedio de poco, por tres razones. La primera, porque muchas veces embobada el alma en la contemplacion de el objeto amado, ni pensará en el remedio, ni áun le ocurrirá que necesita de él. La segunda, porque tal vez, aunque piense en él, no le querrá buscar; porque los enamorados son unos enfermos, que no pocas veces se lisonjean de la propia dolencia, y la miran con ojos tan gratos, que, aunque capaces de admitir la curacion, rehusan hacer diligencias por conseguirla. Así, es menester que por excusarles buscar el remedio, el mismo remedio los busque á ellos. La tercera, porque la imaginacion de un objeto terrible, siendo buscada con estudio, no tiene tanta fuerza, ni hace tan viva impresion, como cogiendo improvisadamente al sugeto. La misma diligencia con que se busca, es prevencion que dispone al alma para resistirla.

## § X.

Mas ¿cómo conseguiremos que el objeto terrible incurra en la imaginacion de golpe, sin premeditacion alguna, en el mismo momento y siempre que se piensa en

el objeto amado? Parece que propongo un arbitrio imposible, á lo ménos extremadamente difícil; no, sino muy fácil. Con alguna diligencia á los principios, y diligencia nada costosa, se logrará despues para siempre, sin diligencia, la concurrencia de un objeto con otro.

Es cierto que el ejercicio de juntar dos ideas en la mente ó dos objetos en la imaginacion engendra entre ellos cierta especie de vinculo mental, por el cual despues no se puede pensar en uno sin que al mismo momento ocurra al pensamiento el otro. Tal vez un acto solo hace este efecto. Así experimentamos no pocas veces, que por haber visto á dos sugetos en tal determinado sitio, siempre que despues pensamos en uno, ocurre al pensamiento el otro, y siempre que pensamos en ellos, pensamos en el sitio donde los vimos; como tambien, pensando en el sitio, pensamos en ellos, enlazándose estas tres ideas de modo, que ya no está en nuestra mano ni es posible separarlas, ántes cualquiera de ellas que se presente, en el mismo punto de tiempo trae consigo las otras dos.

Lo que ha de hacer, pues, el enfermo de amor que quiere curarse, es, lo primero, elegir un objeto, ó terrible, ó lastimoso, ú de otra especie, aquel que ha experimentado más apto á conmovier su ánimo, ó que más altamente le conmueve. Lo segundo, ejercitarse algo en enlazar la idea de éste con la de el objeto amado; lo cual se hace llevando algunas veces el pensamiento de aquel á éste; y esto hará á su arbitrio siempre que quiera. No será menester repetir mucho este ejercicio. Con diez ó doce veces que lo haga, acaso con tres ó cuatro, y áun es posible que con una sola, se liguén, respecto de su mente, las dos ideas de modo, que ya le sea imposible pensar jamas en el objeto amado, sin que al momento ocurra á su imaginacion el lastimoso ó terrible.

He dicho que cada uno, según su experiencia, ha de elegir el objeto contrapesante, porque no cabe en esto otra regla ó direccion. Es objeto terribleísimo para uno el que no tiene terribilidad alguna para otro. Hay quien se desmaya al ver ejecutar en otro una sangria, y verá sin alteracion sensible hacerse cenizas una ciudad. Hay quien no puede sufrir que se le hable de la aparicion de un difunto, y acometerá intrépido á su enemigo en la campaña.

En mí propia persona he tenido una experiencia notable de esta desigualdad. En lo poco que he visto de historia, que poco basta para esto, he leído muchas muertes lastimosísimas, destrozos horrendos, tragedias extremadamente lamentables; pero nada hizo tanta impresion en mi ánimo, ni de lástima, ni de horror, como un suceso de el siglo presente, trágico y lastimoso á la verdad, pero mucho ménos que otros innumerables que he leído. El año de 1703, un soldado prusiano que profesaba el luteranismo y estaba de guarnicion en la ciudad de Utrech, haciendo triste y profunda reflexion sobre varios delitos que habia cometido, y resuelto á purgarlos, dió en el extraño y bárbaro pensamiento de expiarlos todos por medio de una cruel y voluntaria muerte. Dió parte de su resolucion á otro soldado, íntimo amigo suyo, rogándole con las más fervorosas instancias que fuese instrumento de ella. Proponiale, que con una hacha le fuese cortando poco á poco sobre un



cepo manos y brazos, piés, piernas y muslos, de modo que en cada miembro se hiciesen, con varios golpes, várias divisiones. No sólo se negó el amigo á la ejecucion, mas procuró apartarle de el sangriento designio. Pero aquel desdichado repitió tanto y con tanta eficacia los ruegos, que al fin el amigo condescendió y se hizo ejecutor de la tragedia en la forma misma que se le habia propuesto. Sin duda que el verdugo no era mucho ménos bárbaro que el reo. Fué cosa admirable, que el infeliz inmolado fué poniendo sucesivamente sobre el cepo, á los repetidos golpes de el hacha, primero la mano, despues el brazo, luégo la otra mano, tras de ésta el brazo correspondiente, á que se siguió en la misma conformidad el destroz de piés y piernas. Fueron sorprendidos por gente que llegó, el sacerdote y víctima de Satanás, sobre el fin de el sacrificio, y el matador fué ahorcado luégo por órden de su jefe. Refiere el caso el autor anónimo de la *Clef du cabinet*, al año notado.

Esta tragedia, digo, hizo tal impresion en mi espíritu, que por más de tres meses me inquietó notablemente su memoria, y puedo asegurar, que en todo este espacio de tiempo no hubo noche alguna que, excitándoseme la especie al entrar en la cama, no me retardase más de lo ordinario el sueño. Un afecto medio entre lástima y horror, ó compuesto de uno y otro, me imprimía en el pecho cierta especie de afliccion, que me dificultaba el sosiego. ¿Qué tenía yo con el soldado prusiano? Enemigo mio era por religion y por política. ¿Qué perdía yo ni perdía el mundo en la pérdida de él? Era un hombre ordinario, de quien no se dice cosa que le hiciese estimable, y sólo conocido por su barbarie. La especie de su muerte, aunque atroz, no tanto como otras muchas que hallamos en las historias; á que se añade, que algunas de éstas son mucho más aptas á mover la compasion, por la circunstancia de haber caido en sugetos de ilustre mérito y conocida inocencia. ¿Qué importa? Es tal la constitucion de mi ánimo, ó tal la estructura de mi cerebro, que aquella tragedia menor es más apta para excitar en mí grandes sentimientos, que otras mucho mayores. No hay hombre alguno que no tenga alguna particularidad en esta materia; porque ninguno hay cuyo cerebro no se distinga algo en la estructura de todos los demas. Así, es preciso que cada uno, segun la experiencia que tiene, elija el objeto que puede hacer mayor impresion, y mediante ella, corregir, templar ó extinguir la que hace el objeto amado.

### § XI.

Éste es en general el remedio que propongo contra la enfermedad de amor; pero para hacerle más eficaz es preciso añadir algunas advertencias.

La primera es, que en igualdad se prefiera el objeto visto, á aquel de quien sólo se tiene noticia por relacion. Una muerte repentina vista tiene mucho mayor actividad para conmover el ánimo, repetida á la memoria, que otra muerte repentina de quien se tiene noticia por oídas. Un rayo que hayas visto caer á tus piés, áun sin daño tuyo ni de nadie, hará mayor impresion en tu cerebro que otro de quien te refirieron que habia hecho un grande estrago.

La segunda, que entre los objetos vistos elijas con preferencia aquellos cuya terribilidad miraba derechamente á tu persona. Si te viste en algun riesgo grande de la vida, será éste un objeto muy apto para conmoverte. Será equivalente á éste, aquél cuya terribilidad se ejercite en persona de tu íntimo afecto, pues para el caso es lo mismo. La conversion de el famoso y ejemplar abad de la Trapa, Armando Boutillier de la Rancé, se debió, segun monsieur de San Evremont, á un funesto espectáculo, presentado á sus ojos en la persona de la bella duquesa de Mombazon, á quien él idolatraba. Sucedió que, muerta esta señora, quiso Armando dar triste pasto á su amor con la inspeccion de su cadáver, ántes que le escondiesen en el feretro. Subió al cuarto donde estaba depositado, el cual halló sin un alma que le acompañase. ¡Gran desengaño para los que saben que viviendo aquella señora hervian de asistentes los umbrales de su casa! Pero no fué esto lo que más hirió el ánimo de el abad Rancé, sino que halló el cadáver degollado y separada la cabeza de el resto. Informóse de la causa, y supo que no habia habido otra, sino que el feretro encargado habia salido tan corto, que no cabia en él el cuerpo á la larga; y por excusar el embarazo de hacer otro más capaz, echaron los domésticos por el atajo de separar la cabeza de el cuerpo, para que así se pudiese acomodar. ¡Oh ídolos de el mundo! ¡Oh hermosuras celebradas! En esto paran vuestras adoraciones. Aquel fué el momento crítico en que el abad Rancé pasó de una vida muy profana á la ejemplarísima, que despues observó hasta el último aliento. Yo me imagino, y es naturalísimo, que aquel triste, funesto, horroroso espectáculo por todo el resto de su vida se presentaría á la imaginacion de el abad Rancé, siempre que pensase en los placeres y vanidades de el mundo, y que éste sería un eficazísimo retractor para no retroceder á la vida antecedente. Por lo ménos no se puede negar que tan terrible y lastimoso objeto era aptísimo para hacer en su cerebro una impresion tan fuerte, que extinguiese la que podian hacer en él todas las pompas y placeres de el mundo.

La tercera, que el apasionado no use sólo de un objeto contrapesante, sino de muchos y diferentes, haciendo con el estudio expresado arriba, que todos se vayan presentando á la imaginacion, al punto que piensa en el objeto amado. Esto por tres razones. La primera, porque muchos tienen más fuerza que uno: *Plura collecta juvant, quæ singula non possunt*. La segunda, porque segun la vária disposicion de el sugeto, una vez hace mayor impresion un objeto, otra vez otro. La tercera, porque áun prescindiendo de la impresion que hacen, aprovecha dividir la atencion entre muchos objetos, pues de este modo toca ménos parte de ella al que causa la pasion.

La cuarta advertencia es, que si el mal fuere muy contumaz, de tiempo á tiempo se remuden los objetos, substituyendo unos á otros. La razon es, porque el mismo objeto, que al principio hace una fuerte impresion, deja de hacerla siendo muy repetido: *Ab assuetis non fit passio*. El remedio que se aplica todos los dias, con el tiempo deja de ser remedio. Aun á los objetos reales y existentes, que más miedo nos ponen, desarma la cos-

tumbre de su terror. El que al principio se estremece al oír el disparo de una pistola, continuando algunos años la guerra, oye, sin conmoverse, el pavoroso estruendo de la artillería. ¿Cuánto más perderán de su fuerza los que sólo son imaginados?

La quinta, que no se omitan aquellos objetos que tienen relacion disuasiva hácia la pasion de el amor; y áun éstos será acaso conveniente traerse en primer lugar á la imaginacion, habituándola de modo, que al momento que empiezas á pensar en el objeto amado, se traslade el pensamiento á la deshonra, á la pérdida de la salud, de la hacienda y de el alma, que puede acarrearle tu pasion. Esta contemplacion se puede esforzar con imágenes concernientes á lo mismo, las más terribles que puedas proponerte; como que la tierra se abre debajo de tus piés, y por el boqueron ves las llamas de el infierno, y en torbellinos de humo llega á tus narices la horrenda hediondez de sus azufres; que te hallas en el lecho cerca de las últimas boqueadas, manando podredumbre de todos tus miembros; que ves una alma condenada, cual la habrás visto pintada alguna vez, hecha pasto de el fuego y de culebras, sapos y otras sabandijas, á quienes muerde rabiosa y desesperada, tanto como es mordida de ellas mismas; que tienes presente á tu Salvador Jesucristo, amenazándote con una espada desenvainada en la mano; que le ves sentado en el trono que erigirá en el valle de Josafat, con un semblante terribilísimo, en ademán de fulminar contra los prescitos aquella sentencia que no admite apelacion, etc. A este modo se pueden discurrir otras imágenes terribles y juntamente disuasivas de la pasion, aunque no será preciso usar de todas á un tiempo; ántes será mejor reservar parte de ellas para mudar cuando sea necesario.

Dije que acaso será más conveniente colocar ántes los objetos que por su naturaleza son disuasivos de la pasion que los que son puramente terribles, porque no se puede dar regla fija en esto. Tal vez los que son juntamente terribles y disuasivos harán todo el efecto que se desea, sin llegar á los que son puramente terribles; tal vez convendrá que éstos precedan, para que templando la impresion que hace el objeto amado, hallen los otros algo quebrantado el enemigo, con que será fácil ganar completa la victoria.

Reconvéngote, lector apasionado, sobre que, bien enterado de los preceptos que acabas de leer, te apliques á observarlos todos con exactitud y diligencia; sobre todo el capital de habitar la imaginacion de modo, que siempre que pienses en el objeto amado, vuele el pensamiento, aunque tú no quieras, á los terribles. Yo sé que el remedio es eficaz: si para tí no lo fuere, dejaré de serlo por tu omision ó tibieza en aplicarle; en cuyo caso, abominando tu desidia, me quejaré de ella con aquella expresion dolorosa de Jeremías: *Curavimus Babilonem, et non est sanata*.

### DISERTACION SOBRE EL SALTO DE LEUCADIA.

Por ser el Salto de Leucadia, como remedio del amor, uno de los asuntos más curiosos, que ocurren en la antigua historia, y tener aquí lugar oportuno, creo que no se me desestimaré el que de noticia de él, tratándole críticamente con alguna extension; pues aunque éste ciertamente nada conducirá para la curacion de

los enamorados, servirá á la curiosidad y erudicion de los lectores.

### § I.

Es Leucadia una isla de el mar Jonio, de cincuenta millas de circuito, colocada en frente de el istmo que divide la Achaya de el Peloponeso. Retiene aún, con poca ó ninguna corrupcion entre los modernos griegos, el nombre de Leucadia, que le daban los antiguos, bien que nuestros geógrafos más comúnmente la apellidan Santa Maura, derivando á toda la isla el nombre que es propio de su ciudad capital. Terminase Leucadia, por la parte de mediodía, en un promontorio, compuesto de escarpadas rocas, que se avanza sobre el mar á una grande altura; y éste es el sitio donde hallaban su remedio los miseros amantes, que padeciendo la infelicidad de no ser correspondidos, ni podian sufrir ni extinguir de otro modo el fuego que les devoraba las entrañas. El remedio consistia en arrojar de aquella eminencia sobre las ondas, á lo que se dió ya el nombre de *Salto de Leucadia*, ya el de *Salto de los Enamorados*. Ya se ve que esto era peligrosísimo, siendo lo más natural costar la vida el arrojo, mayormente cuando los escritores nos pintan elevadísima aquella cumbre. Pero se usaba de la precaucion de tener cercado de barcos el sitio donde habia de caer el que se precipitaba, para acudir á salvarle en caso que no llegase ya al agua muerto, ó muriese de el golpe.

Un rito supersticioso, que se practicaba en aquella isla, da motivo para conjeturar, que la precaucion dicha no era la única de que se usaba para salvar la vida de los enamorados que venian á curarse. Todos los años, en un día determinado, arrojaban de aquella cumbre un delincuente, lo que observaban como un sacrificio expiatorio, á fin de precaverse de los males de que estaban amenazados. Pero al mismo tiempo se hacia lo posible porque no pereciese; porque no sólo le esperaban barcos abajo para socorrerle, mas prendian de su cuerpo muchas plumas y áun aves vivas, para que la caída fuese lenta. Digo que se hace verisímil, que con los enamorados, que voluntariamente venian á arrojar, se practicase lo mismo. Es verdad, que éstos usaban de otra precaucion singular. Habia sobre el promontorio un famoso templo de Apolo, de que hace mencion Virgilio en el tercero de la *Eneida*:

*Mox, et Leucata nimbo cacumina montis,  
Et formidatus nautis aperitur Apollo.*

Á este templo acudian primero devotos con sacrificios, los que iban á curarse con el tremendo salto, implorando la proteccion de la deidad que se veneraba en él, para evitar que fuese mortal la caída. Pero la confianza que tuviesen en su patrocinio no sería tanta, que les hiciese despreciar esta otra diligencia.

Los mismos escritores que dan estas noticias, refieren varios casos, ya faustos, ya infelices, de amantes, que fueron á buscar en aquel precipicio su remedio. De unos, que perdieron la vida; de otros, que se salvaron; pero sentando como cierto, que los que se libraron de la muerte, se libraron tambien de el amor. Hubo experiencias en uno y otro sexo; pero en el femenino todas infelices. Cuéntanse entre los hombres, Deucalion, marido de Pirra; Fobo, hijo de Foceo; el poeta Nicostrato, amante de Tettigidea; otro poeta, llamado Charino, abrasado en una abominable pasion por el eunuco Eros, copero de Antioco Eupator, rey de Siria; un cierto Macés, natural de Butrota, de quien se refiere la insigne singularidad, que habiendo recaido diferentes veces en la dolencia amorosa, no sé si con el mismo ó con diferentes objetos, cuatro veces dió el salto, y todas cuatro logró la mejoría deseada. De las mujeres se cuentan, entre otras, dos famosísimas en la antigüedad, la sabia Safo y Artemisa, reina de Caria. Ésta es, en suma, la historia de el famoso Salto de Leucadia. Reflexionémosla ahora con algo de cuidado, porque la materia es muy digna de crítica.

### § II.

Monsieur Hardion, de la academia real de Inscripciones y Bellas letras, á quien en parte debo estas noticias, no pone duda alguna en los hechos referidos. «Paréceme (dice) que no se puede dudar de la verdad de los hechos; porque, fuera de que son testificados por un gran número de autores, el remedio no se mantendría mucho tiempo en crédito, si no hubiese curado á persona alguna; y la experiencia era muy costosa, para que nadie se arrojasen á ella sin fundar su esperanza sobre algunos ejemplares incontestables.» Pero yo hallo mucho que dudar en lo que se le representa indubitable á monsieur Hardion.



Lo primero, siendo tan enorme la altura de el peñasco (pues aunque ésta no se determina con medida señalada, convienen los autores en que es tanta, que la cumbre está comunmente escondida entre las nubes, ó lo que coincide, cubierta de nieblas), se hace increíble, que el salto dejase jamás de ser mortal, aunque fuese bien pertrechado de aves y plumas el que se precipitaba; y las aves, es manifiesto que serian totalmente inútiles, porque desde el principio de el descenso, el cuerpo precipitado, que las arrastraba consigo, las cortaria el impulso y dejaría ineptas al vuelo, de modo, que ni áun podrían jugar las alas aquello que era menester para retardar algo el movimiento hácia abajo. Fuera de que es natural, que aturdidas, se dejasen caer como si fuesen cadáveres.

## § III.

Lo segundo, los autores que se citan no son tantos ni tales, por más que monsieur Hardion ostente su multitud, que puedan obligarnos al asenso en hechos de esta naturaleza. Cita monsieur Hardion los mismos, que había citado ántes monsieur Bayle en su *Diccionario crítico* (véase *Leucade*); y todos, sacando fuera los poetas, que no hacen fe, y los que se fundan únicamente en el testimonio de los poetas, no pasan de dos, y éstos hablan de distintos casos.

## § IV.

Lo tercero, algunos de los hechos carecen de verisimilitud. Determinamos dos, el de Deucalion y el de Artemisa. De Deucalion se dice, que fué á curar con el Salto de Leucadia, no algun amor impuro, sino el lícito, que tenía á su esposa Pyrrha, la cual, aunque permitido, por ser veheméntísimo, le inquietaba y afligía, y que en efecto logró la curacion que deseaba. Mucha credulidad ha menester esta noticia. Un amor tan ardiente, tan activo, de condicion, digámoslo así, dolorifera y maligna, que desasosiega y aflige al que lo padece, hasta el grado de exponerse á un remedio peligrosísimo para mitigarle, es incompatible en la posesion conyugal. Dando, que ese estado permita algunas violentas accesiones de la fiebre amorosa, los derechos que da el mismo estado, es natural y áun necesario, que las mitiguen. Todo el mundo entiende, que el estado conyugal tanto es más feliz, cuanto es mayor el amor de los consortes. ¿No es quimera, que el amor, por grande, haga á uno tan infeliz, que busque su curacion en un remedio, que le arriesga la vida?

## § V.

El suceso de Artemisa pide algo de excursión histórica. Hubo dos Artemisas, entrambas reinas de Caria, y entrambas famosas; la primera, por su insigne valor é igual conducta en las empresas bélicas, de que dimos alguna noticia en la *Defensa de las mujeres*, página 50; la segunda, por el tierno amor que conservó en la viudez á su difunto esposo Mausolo, y por la fábrica de aquel santuoso sepulcro, llamado *Mausoleo*; que le erigió, para inmortalizar en él la memoria de su amor, y que fué celebrado como una de las siete maravillas de el mundo.

Algunos autores han confundido una Artemisa con otra, aunque hubo más de un siglo de distancia entre las dos. Entre ellos podemos contar á Plinio, que en el libro xxv, capítulo vii, dice, que Artemisa, mujer de Mausolo, dió su nombre á la yerba, que hoy llamamos así, y ántes de aquella reina se llamaba Partenis; lo que no puede ser, porque Hipócrates, que floreció ántes de Artemisa, mujer de Mausolo, hace mencion de la yerba Artemisa con este nombre. Con que, si alguna de las dos reinas de Caria dió su nombre á la yerba, fué sin duda la primera. Tambien en orden al hecho de el Salto de Leucadia, las confunde José Seligero y otros que le siguen, atribuyéndolo á la segunda; lo que, sobre no tener fundamento en algun escritor antiguo, se opone manifiestamente á lo que todas las historias unánimemente afirman de el lino y constante amor de aquella reina á su esposo, vivo y muerto, como vamos á mostrar inmediatamente.

El suceso que dió motivo á Artemisa para exponer su vida en el Salto de Leucadia, se refiere de este modo. Enamoróse esta reina, en el estado de viuda, de un hermoso mancebo llamado Dardano, el cual nunca quiso resolverse á corresponderla; por lo que ella, irritada, sorprendiéndole una vez dormido, le arrancó los ojos. La satisfaccion de su ira no lo fué de su amor. Arrepintióse luego de su inhumanidad, y la llama de el amor se encendió en su pecho más furiosa que nunca. Buscó en la consulta de un

oráculo el remedio, y fué respondido, que se precipitase de la roca de Leucadia. Hizolo, y perdió el amor, pero juntamente la vida. Véase cómo puede adaptarse este suceso á la segunda Artemisa, de quien, concordes los historiadores, afirman, que dos años que sobrevivió á su esposo, no hizo más que gemir su muerte y trabajar en el magnífico monumento que hemos dicho, para eternizar su memoria; añadiendo algunos, que no satisfecha con esto su pasión, habiendo reducido á cenizas el cadáver, dió pasto á su fineza, tragándose las pocas á poco; extremo el más singular á que puede llegar un tierno amor.

Sólo puede, pues, atribuirse á la primera Artemisa el caso de el amor de Dardano, con sus funestas resultas. A la verdad esta aventura, ni en todo desdice, ni en todo es conforme al carácter de aquella reina. Es impropia en ella, por lo que tiene de amorosa; no desdice, por lo que tiene de trágica. Fué Artemisa princesa de grande espíritu, en extremo osada, astuta y ambiciosa, guerrera ilustre y afortunada, mujer de cabeza y manos. Dijo, á mi parecer, bien un crítico moderno de gran nombre, que rarísima vez mujeres que se dedican á altos cuidados son trabajadas por la parte de el amor. Yo añado, que mucho ménos si el genio las conduce á ellos. En efecto, en orden á esto es fácil notar en las historias una gran diferencia entre uno y otro sexo. A cada paso se encuentran en ellas hombres de genio hélico y político, empeñados en grandes proyectos, muy activos en la prosecucion de designios ambiciosos, y con todo, de un temperamento muy expuesto á pasiones amorosas. Al contrario, entre las mujeres muy rara se encontrará de espíritu sublime y heroico, que padeziese indignas fragilidades. Aunque la razon física de esta diferencia no es muy oculta, ¿para qué detenernos ahora en explicarla? Empero, como esta regla admite excepciones, el capítulo de el alto corazon de Artemisa, no basta, por sí solo, para condenar como fabuloso su ciego afecto al jóven Dardano.

Mas al paso que esta fragilidad es algo extraña en una mujer de aquel espíritu, se debe confesar que es muy natural una venganza cruel, viéndose despreciada. Una reina feroz y altiva, ¿de qué rabia, de qué furor no es capaz contra quien ultraja su vanidad, desestimando su amor? Así, supuesta su pasión y la inutilidad de sus diligencias para vencer á Dardano, era muy natural la cruel venganza de arrancarle los ojos. Tambien era natural, ejecutada la venganza, el arrepentimiento, y envuelta en el mismo arrepentimiento nueva accesion violentísima de la amorosa fiebre; de modo, que conspirados el dolor y el amor contra el corazon de la reina infeliz, le despedazasen miseramente.

Es así, que hasta aquí vemos un suceso en parte impropio, en parte natural, en el sugeto de quien se refiere, mas de ningún modo repugnante; de modo, que si la posibilidad por sí sola bastase para el asenso, teniamos lo necesario para dar crédito á la historia. Mas como la crítica, demas de la posibilidad, debe contemplar la verisimilitud de los hechos y la fuerza de los testimonios que acreditan su existencia, por estos dos principios hemos de decidir la cuestion.

Digo pues, que el suceso, comprehendidas todas sus circunstancias, es poco ó nada verisímil, y más parece aventura de novela, que de historia. Ya hemos visto que desdice mucho de el espíritu de aquella reina haberse dejado dominar despóticamente de una pasión indigna. La constante resistencia de Dardano está muy cerca de totalmente increíble. Doy, que para él no tuviese atractivo el amor de una reina victoriosa y feliz. Doy, que las lágrimas, los ruegos, las promesas, las dádivas, no tuviesen fuerza para vencerle, aunque ésta ya es demasiada virtud para un gentil. Pero ¿cómo es creíble, que resistiese á las amenazas, las cuales sin duda precedieron á la sangrienta ejecución? ¿Tan poco estimaría, ó su vida, ó sus ojos? Últimamente la resolucíon, y mucho más la accion de precipitarse, aunque fuese dictada por un oráculo, halla una resistencia tan fuerte de parte de la naturaleza, que de nadie debe creerse sin gravísimo fundamento.

Pero ¿qué fundamento hay para creer un complejo de circunstancias tan irregulares y extraordinarias? El más débil de el mundo. Toda esta historia estriba únicamente en la fe de un autor, y autor poco conocido, pues no han quedado de él más escritos, que unos pequeños retazos que insertó el patriarca Focio en su *Biblioteca*, en uno de los cuales se contiene la historia de que tratamos. Llamábase éste *Plomeo de Efestion*, esto es, *hijo de Efestion*. Todos los que escribieron tan raro suceso, de éste lo trasladaron, porque á éste únicamente citan. Un autor solo, aun cuando se hallase muy calificado, sería corto fiador para asunto tan difícil. ¿Qué diríamos de un autor obscuro? Suidas hace me-

moria de él, y dice que vivió en los tiempos de Trajano y Adriano, esto es, seiscientos años, poco más ó ménos, despues de Artemisa. Añádese esta circunstancia para prueba de la poesía que merece en sucesos tan anteriores á él.

## § VI.

El cuarto fundamento que tenemos para condenar como apócrifo lo que se dice de el Salto de Leucadia, es la mezcla que esta narracion tiene con las fábulas y quimeras de el gentilismo. El mismo Plomeo de Efestion refiere, como ahora dirémos, el principio por donde se supo que la roca de Leucadia tenía virtud curativa de el amor. Luego que Venus supo la muerte de su querido Adónis, puso todo su cuidado en buscar el cadáver, pensando lograr un gran consuelo en el desahogo de bañarle con sus lágrimas. Hallóle en un templo de la isla de Chipre; pero la vista de el cadáver, bien lejos de aliviarla, avivó más su amor, y por consiguiente su dolor. En esta afliccion se le propuso el expediente de consultar á Apolo, como dios de la medicina. Éste, conduciéndola á la eminencia de el promontorio de Leucadia, la aseguró, que como se precipitase de ella, convalecería perfectamente de su dolencia. Obedeció la diosa, y logró la sanidad deseada. Admirada de tan prodigioso efecto, le preguntó á Apolo ¿de dónde sabía que aquella roca tenía virtud tan peregrina? A lo que Apolo le respondió, que el primero que la había experimentado y descubierto era Júpiter, el cual, fatigado de la extrema pasión que tenía por Juno, y buscando remedio para ella, el único que había encontrado era sentarse sobre la cumbre de aquella roca. ¿Qué extravagancias, por tantos caminos ridiculas!

## § VII.

Finalmente, me parece no debo omitir, que aunque la tragedia de la docta Safo, que es una de las amantes infelices, á quienes se atribuye el Salto de Leucadia, se halla repetida en tantos libros, todos los autores que la refieren, á lo que he podido colegir, bebieron esta noticia en Menandro. Y ¿quién fué Menandro? Un poeta cómico ateniense. Dicho que fué poeta, está entendido qué grado de fe merece. Que la insigne poetisa Safo fué de un temperamento extremadamente amoroso; que se hizo tan infame por su vida impúdica, como famosa por su delicado ingenio; que fué amante, y un tiempo amada de Faon; que éste, despues fastidiado de ella, se ausentó de Lésbos, de donde eran naturales uno y otro, á Sicilia, por no poder sufrir sus importunidades; que ella, impelida de el impuro fuego en que ardía, le siguió á Sicilia, pero sólo para experimentar nuevos desdenes; todo esto se lee en varios autores antiguos. Pero que agitada siempre de el amorio furor, se resolviese á buscar remedio á él, precipitándose de la eminencia de el promontorio de Leucadia, sólo se halla en una comedia de Menandro, de que conservó Estrabon un fragmento, donde se lee esta aventura.

Paréceme que lo que hemos razonado sobre el asunto prueba suficientemente, que es harto dudoso lo que refieren los autores antiguos y modernos de el Salto de Leucadia; y que monsieur Hardion tuvo poco ó ningún motivo para dar por constantes aquellos hechos.

## § VIII.

Tratada la cuestion de el Salto de Leucadia en cuanto á lo histórico, resta en la misma materia otra cuestion, que es puramente filosófica. Ésta es, si en caso de haberse practicado aquel salto por algunos amantes que tuviesen la felicidad de salvar la vida, tendrían tambien la dicha de curarse de el amor. Los que asientan á la verdad de aquellos hechos, dan tambien por decidida esta cuestion segunda, porque la historia de ellos incluye uno y otro; esto es, que hubo varios amantes que buscaron aquel remedio, y que los que quedaron vivos le experimentaron eficaz; mas á lo segundo parece que asientan, debajo de el supuesto de que la curacion no fué natural, sino obrada por el demonio, para autorizar y promover el culto de la mentida deidad de Apolo, que se veneraba en el templo inmediato á la roca, y á quien procuraban ántes propiciar con ruegos y sacrificios los que se resolvían á la experiencia de tan violento remedio. Pero yo afirmo, que supuesto salvarse la vida en el Salto, era natural la curacion, y no sería menester intervencion alguna de el demonio para que el remedio fuese eficaz.

Para prueba de esta asercion, revóquese á la memoria lo que

hemos escrito en los párrafos 9 y 10 de este discurso, sobre los *Remedios de el amor*. La doctrina que dimos en aquella parte es la propia para explicar el fenómeno moral, de que tratamos ahora. Pongamos que fuese verdadero el caso de Safo en cuanto á precipitarse de la roca Leucadiana, y añadamos la suposicion de que sobreviviese al riesgo. ¿Qué sucedería despues, cuando le viniese su adorado Faon á la memoria? Que infaliblemente vendría con él el recuerdo de el Salto de Leucadia; porque estos dos objetos, en virtud de lo precedido, habían contraído cierta ligamental, ó conexión objetiva, de modo, que al presentarse el primero á la imaginacion, era necesario presentarse el segundo. Y ¿qué efecto haría la presencia de el segundo? Borrara enteramente, ó impedir la impresion que era capaz de producir la de el primero, agitando con impulso opuesto las fibras de el cerebro. Aun cuando hubiese lugar á que el recuerdo de Faon excitase algun movimiento de ternura, al punto el recuerdo de el salto terrible excitaria otro de horror y de espanto, y éste destruiria aquel, como una onda rompe el impetu de otra onda. La grandeza de el peligro en que se había visto, haría, al tiempo de recordarle, una impresion tan viva en la imaginacion de Safo, como si de nuevo se hallase en la punta de la roca, en el movimiento de arrojarle al piélago. Al que ha pasado por algun riesgo de muy enorme magnitud, suele la imaginacion, al hacer memoria de él, representarse, no como pasado, sino como existente. ¿Cuántas veces al que se libró de el naufragio á fuerza de brazos, se le representa que áun está actualmente lidiando con las ondas! Por la profunda sigilacion que hizo el peligro en el cerebro, la viveza de la imagen es tal, que al volver los ojos á ella, á pesar de la contraria persuasion de el entendimiento, se le figura tener presente el original. De aquí es natural originarse una commocion tumultuante en cerebro y corazon, poderosa para disipar otro cualquier afecto.

## § IX.

Ésta es la doctrina que hemos dado en los párrafos citados, y que tiene su natural aplicacion al caso de el Salto de Leucadia, en orden á que fuese remedio de el amor. Pero reflexionando más la materia, hallo, que en algunos sugetos, no sólo por el medio señalado podria serlo, mas tambien por otro, y acaso más eficaz.

Cualquiera objeto, que haga una muy grande y muy viva impresion en el ánimo, de horror, de espanto, de miedo, es capaz de inducir alguna nueva disposicion habitual y constante en el sugeto, en virtud de la cual se muda tambien habitual y constantemente su índole, inclinacion ó genio. Esta nueva disposicion puede ser respectiva al temperamento, consista éste en lo que quisiere, ó sólo á la constitucion de el cerebro; y de cualquiera de los dos modos que sea, puede causar una grande mutacion en la vida moral. De el primer modo, por la famosa máxima: *Mores sequuntur temperamentum*. De el segundo modo, porque variada la textura y constitucion de el cerebro, ya no hacen en él la misma impresion que ántes los objetos.

De una y otra mutacion por la causa dicha, hay bastantes ejemplos. En las historias leemos de algunos sugetos, que por un gran susto se encanecieron enteramente en el espacio de una noche; lo que no pudo ser sin una notable alteracion en el temperamento. Asimismo se sabe de muchos, que por haber padecido algun gran terror, quedaron el resto de su vida, ó totalmente, ó medio fatuos, lo que arguye una insigne variedad en la constitucion de el cerebro.

Acaso estos dos principios vendrán á coincidir en un mismo, pues por la gran dependencia que toda la máquina animada tiene de el cerebro, cualquiera grande alteracion de esta parte principie ocasionará otras en varias partes de este todo. Y sin duda que la inmediata accion de el objeto terrífico sólo se ejerce en el cerebro, y sólo mediante ésta, puede extender su influjo al corazon ó á otras partes. Bástanos, pues, para el asunto, explicar cómo aquella operacion por sí sola puede inducir una mutacion considerable en inclinaciones, pasiones ó afectos.

Un objeto muy terrífico es preciso que haga una grande y violenta impresion en el cerebro. Es fácil entender que esta impresion sea á veces tan fuerte, que induzca alguna alteracion permanente en esta entraña, ó varie algo su constitucion nativa, ó ya rompiendo algunas fibras, ó laxándolas, ó corrujándolas, ó inmutando de varias maneras la textura de la substancia medular, etc. Como cuando una parte exterior de el cuerpo recibe un golpe, si el golpe es pequeño, aunque padece algun desorden la



parte, fácilmente se enmienda, y por sí misma recobra su natural constitucion; mas si el golpe ó la herida es grande, resulta en la estructura de la parte algun desórden ó vicio permanente; lo mismo debemos concebir que sucede en aquellas conmociones, que recibe el cerebro por la accion de los objetos. Si la conmocion es leve, sólo causa una alteracion transitoria; pero puede ser la conmocion tan grande, que de ella resulte alguna inversion habitual y permanente.

Supuesta esta nueva y preternatural disposicion de el cerebro, tambien es fácil de entender cómo de ella puede resultar alguna habitual mudanza en las pasiones ó afectos de el sugeto. Ya algunos objetos no harán en él la misma impresion que ántes hacian; porque variada la disposicion de el paso, aunque el agente sea el mismo, suele no obrar en él el mismo efecto; y alterada la constitucion de el móvil, no producir en él la causa motriz el mismo movimiento. Así puede desplacerle lo que ántes le placia, atemorizarle lo que ántes no le atemorizaba, etc., y quedar de este modo en una variacion permanente, en órden á algunas cosas, la índole ó genio de el sugeto.

Un caso que ahora me ocurre, será oportuno para persuadir á los lectores ménos perspicaces la verdad de la filosofia, que acabamos de proponer. Estando el año de 1675 resueltos á batirse por la parte de el Rin los dos ejércitos imperial y frances, aquél mandado por el general Montecuculi, y éste por el famoso mariscal de Turena, fué el de Turena acompañado de monsieur de San Hilario, teniente general de la artilleria, á reconocer una altura donde queria colocar una bateria. Estando en ella, llegó el momento fatal de aquel grande héroe. Una bala de artilleria, disparada de el campo enemigo, llevando primero un brazo á monsieur de San Hilario, dió en el estómago de el mariscal de Turena, y acabó con su gloriosa vida. Larrey, que refiere este suceso, advierte juntamente, como cosa muy notable, una grande mudanza que aquella fatalidad produjo en el genio de monsieur de San Hilario. Era este oficial de genio feroz y cruel, como lo habia manifestado en las ocasiones que habian ocurrido. Pero desde aquel momento

en adelante (porque tuvo la dicha de curarse y vivir despues mucho tiempo) mostró siempre una índole mansa y apacible. ¿Quién produjo en él esta mudanza? Aquel objeto terrible; la impensada, digo, y repentina muerte de Turena. Una circunstancia que añade el mismo historiador, muestra, que no el dolor de la pérdida de el brazo propio, sino la fatalidad de el general, hizo en su cerebro aquella grande impresion, que era menester para mudar su genio. Estaba con el de San Hilario un hijo suyo, al cual viendo el padre llorar por el destrozo de el brazo, con ánimo verdaderamente heroico, aunque al mismo tiempo altamente condolido, le dijo: «No llores por mí, hijo mio; llora la muerte de este grande hombre, cuya pérdida no podrá jamás repararse.» Un héroe ilustre con tantas victorias, impensada y repentinamente destrozado á sus ojos con el impulso violento de una bala de artilleria, fué un objeto sumamente terrible y espantoso para aquel oficial. Era una tragedia grande, para que no estaba preparado en alguna manera el ánimo. Así, incurriendo de golpe en el cerebro, era natural conmovérle extraordinariamente, y mediante la conmocion, alterar su textura; de modo que ya en adelante algunos objetos no hiciesen las mismas impresiones ni ocasionasen las mismas ideas. De aquí el no lisonjearle al de San Hilario, despues de el trágico suceso, la venganza feroz y desapiadada, en que ántes se complacia. Acaso en otras muchas cosas se mudaria su genio, y padeceria mudanza en otros afectos, aunque el autor que citamos ú otro alguno no lo hayan notado.

Si alguno quisiere filosofar de otro modo sobre este y otros fenómenos semejantes, por mí tiene libre el campo; pues como se me salve la máxima de que los objetos terribles y espantosos tienen eficacia para transmutar algunas pasiones ó afectos, tengo lo que he menester para mi intento, hágase dicha transmutacion de esta ó aquella manera.

Así, concluyo, que el Salto de Leucadia pudo curar á los amantes infelices de los dos modos dichos. Confieso, que no todos se curarian de el segundo modo; pero en los que lo lograsen, sería la curacion radical y más segura.

## ABUSOS DE LAS DISPUTAS VERBALES.

### § I.

He oido y leído mil veces (mas ¿quién no lo ha oido y leído?) que el fin, si no total, primario, de las disputas escolásticas es la indagacion de la verdad. Convento en que para eso se instituyeron las disputas; mas no es ése por lo comun el blanco á que se mira en ellas. Dirélo con voces escolásticas. Ése es el fin de la obra; mas no del operante. O todos ó casi todos los que van á la aula, ó á impugnar ó á defender, llevan hecho propósito firme de no ceder jamas al contrario, por buenas razones que alegue. Esto se proponen, y esto ejecutan.

Há siglo y medio que se controvierte en las aulas con grande ardor sobre la fisica predeterminacion y ciencia media. Y en este siglo y medio jamas sucedió que algun jesuita saliese de la disputa resuelto á abrazar la fisica predeterminacion, ó algun tomista á abandonarla. Há cuatro siglos que lidian los scotistas con los de las demas escuelas sobre el asunto de la distincion real formal. ¿Cuándo sucedió, que movido de la fuerza de la razon el scotista, desamparase la opinion afirmativa, ó el de la escuela opuesta, la negativa? Lo propio sucede en todas las demas cuestiones que dividen escuelas, y aún en las que no las dividen. Todos ó casi todos van

resueltos á no confesar superioridad á la razon contraria. Todos ó casi todos, al bajar de la cátedra, mantienen la opinion que tenian cuando subieron á ella. Pues ¿qué verdad es ésta que dicen van á descubrir? Verdaderamente parece que éste es un modo de hablar puramente teatral.

Pero ¿acaso, aunque los combatientes no cejen jamas de las preconcebidas opiniones, los oyentes ó espectadores del combate harán muchas veces juicio de que la razon está de esta ú de aquella parte, y así, para éstos, por lo ménos, se descubrirá la verdad? Tampoco esto sucede. Los oyentes capaces ya tomaron partido, ya se alistaron debajo de estas ó aquellas banderas, y tienen la misma adhesion á la escuela que siguen que sus maestros. ¿Cuándo sucede, ó cuándo sucedió, que al acabarse un acto literario, alguno de los oyentes, persuadido de las razones de la escuela contraria, pasase á alistarse en ella? Nunca llega ese caso; porque aunque vean prevalecer el campeón, que batalla por el partido opuesto, nunca atribuyen la ventaja á la mejor causa que defiende, sino á la debilidad, rudeza ó alucinacion del que sustentaba su partido. Nunca en el contrario reconocen superioridad de armas, si sólo mayor valentía de brazo.

Mas qué? por eso condeno como inútiles las disputas? En ninguna manera. Hay otros motivos que las abonan. Es un ejercicio laudable de los que las practican, y un deleite honesto de los que las escuchan. El tratar y oír tratar frecuentemente materias científicas, infunde cierto hábito de elevacion al entendimiento, por el cual está más dispuesto á mirar con desden los deleites sensibles y terrestres. Aún prescindiendo de esta razon, cuanto más se engolosinára la atencion en aquellos objetos, tanto más se debilitará su aficion á éstos; porque la disposicion nativa de nuestro espíritu es tal, que, á proporcion que se aumenta en él la impresion de un objeto, se mitiga la de otro. Finalmente, el ejercicio de la disputa instruye y habilita para defender con ventajas los dogmas de la religion, y impugnar los errores opuestos á ella; y este motivo es de suma importancia.

Mas por lo que mira á aclarar la verdad en los asuntos que se controvierten en las escuelas, es verisímil que ésta se estará siempre escondida en el pozo de Demócrito. Bien léjos de ponerse los conatos que se jactan para descubrirla, yo me contentaria con que no se pudiesen para obscurecerla. Daño es éste que he lamentado en las escuelas, desde que empecé á frecuentarlas. No de todos los profesores me quejo, pero sí de muchos, que en vez de iluminar la aula con la luz de la verdad, parece que no piensan sino en echar polvo en los ojos de los que asisten en ella. A cinco clases podemos reducir á éstos, porque no en todos reinan los mismos vicios, aunque hay algunos que incurren en todos los abusos de que vamos á tratar.

### § II.

Los primeros son aquellos que disputan con demasiado ardor. Hay quienes se encienden tanto, aún cuando se controvierten cosas de levisimo momento, como si peligrase en el combate su honor, su vida y su conciencia. Hunden la aula á gritos, afligen todas sus junturas con violentas contorsiones, vomitan llamas por los ojos, poco les falta para hacer pedazos cátedra y barandilla, con los furiosos golpes de piés y manos. ¿Qué se sigue de aquí? Que *juror, iraque mentem precipitant*; que llegan á tal extremo, que ya no sólo los asistentes no los entienden, mas ni aún ellos se entienden á sí mismos. ¿Conviene esto á la gravedad de los profesores? ¿Corresponde á la circunspeccion y modestia, propias de gente literata?

Sin duda que en cualquiera ciencia es violentisimo este modo de disputar; pero mucho más que en otras, en la excelsa y serena majestad de la sagrada teología. Así lo sintió el Nacionceno, el cual, en aquella oracion, cuyo asunto es *De moderatione in disputationibus servanda*, toda muy á nuestro intento, dijo, que la mayor excelencia de la teología es ser ciencia pacífica: *Quidnam in nostra doctrina præstantissimum est? Pax*. Y añade al punto, que la paz en la disputa, no sólo es nobilísima, sino utilísima: *Addam etiam, utilissimum*. La utilidad es notoria, porque la serenidad de ánimo es importantísima para discurrir con acierto y explicarse con claridad. Así los disputantes adelantan más y los oyentes perciben mejor. Como, al contrario, el fuego de la cólera

confunde el discurso y atropella la explicacion, es llama impura, que en vez de alumbrar la aula, la llena de humo.

No es esto condenar aquella enérgica viveza, que como calor nativo de la disputa, da aliento á la razon; sino aquel feroz tumultuante estrépito, más propio de brutos que se irritan, que de hombres que razonan, y que á los que no han visto otras veces semejantes lides, pone en miedo de que lleguen á las manos, como Juan Barclayo dice le sucedió con dos profesores, cuya ardiente contienda pinta festivamente en la primera parte de su *Satiricon: Tam acriter cœperunt contendere, ut res meo judicio ad manus, pugnamque spectaret*. Siendo yo oyente en Salamanca, sucedió, que un catedrático de prima, por el excesivo fuego con que tomó el argumento, se fatigó tanto, que, quedando casi totalmente inmóvil, fué menester una silla de manos para conducirle á su casa.

Estas iras comunmente, no sólo son viciosas por sí mismas, mas tambien por el principio de donde nacen; porque, ¿quién las inspira, sino un espíritu de emulacion y de vanagloria, un desordenado deseo de prevalecer sobre el contrario, una ardiente ambicion del aplauso, que entre la ignorante multitud logra el que hace mayor estrépito en la aula? A los genios inmoderados, la ánsia de lucir los hace arder. Dejo aparte la mala disposicion, que tal vez persevera en los ánimos, como efecto del fervoroso anhelo con que los contendientes recíprocamente aspiran á lograr en el público superiores estimaciones. Ya se vió por estos celos llegar á la indignidad de apedrearse públicamente en la calle dos insignes profesores, respetados por su sabiduría en toda Italia, y autores uno y otro de muy estimables escritos. Refiere el caso el famoso Guido Pancirolo, en el libro *De claris legum interpretibus*, capítulo cxxvii. ¡Monstruoso desórden en unos hombres sabios! *Tantæ ne animis cœlestibus iræ?* Como quiera que tan destemplados furios sean muy raros, es cierto que el estrépito tumultuante de la disputa, el cual es bien ordinario, es un abuso que, por las razones insinuadas arriba, perjudica mucho á la enseñanza pública.

### § III.

El segundo abuso, que se da mucho la mano con el primero, es herirse los disputantes con dicerios. En las tempestades de la cólera pocas veces suena tan inocente el trueno de la voz, que no le acompañe el rayo de la injuria. Es dificultosísimo en los que se encienden demasiado, regir de tal modo las palabras, que no se suelte una ú otra ofensiva. El fuego de la ira tambien en esto se parece al fuego material, que comunmente es denigrativo de la materia en que se ceba. Es ésta sin duda una intolerable torpeza en hombres doctos, ó que hacen representacion de tales.

No digo yo que se oigan en las aulas injurias que inmediata y expresamente toquen en las personas. Esto, ó rarísima vez ó ninguna sucede. Pero ¿qué importa? Se oyen frecuentemente desprecios de la doctrina, y éstos de resulta caen sobre la persona. El que defiende, desdena como fútil el argumento. El que arguye, trata de